

García Cantú: Jefe antipolko

FRANCISCO JAVIER GUERRERO

En estos tiempos de plena globalización –y más bien norteamericanización– un hombre como Gastón García Cantú (GGC) resultaba bastante incómodo a los representantes de las fuerzas que dominan en el planeta. Para muchos GGC era un “dinosaurio”, un individuo anacrónico, un nacionalista acérrimo. Carlos Fuentes llegó a afirmar que se trataba de un sujeto “encerrado en un jarrito de Tlaquepaque”. Era, digamos, la antítesis de un hombre como Jorge G. Castañeda, que no tiene idea de lo que son los tacos de nana, las tortas de tamal, las danzas de moros y cristianos y los albures de Borolas y René Avilés.

Como intelectual y como funcionario público y universitario, GGC también causaba bastante grima. En una ocasión reñí a gritos con el escritor Héctor Manjarrez



María Emilia Benavides

debido a que éste me recriminó el que yo defendiera a GGC con motivo de algo que ya ni me acuerdo. Un funcionario de la UNAM, Raúl Cossío Villegas –sobrino del famoso historiador de los mismos apellidos– me informó hace muchos años que GGC había escrito un “bodrio” sobre el socialismo en México, basado en “recortes de periódicos”. Por supuesto, Raúl se equivocaba; el libro de GGC fue un texto básico sobre esa materia, sobre todo en una época en que un tema de esa índole apenas se trataba por los historiadores mexicanos.

Siendo todavía mozo, había leído algunos textos de GGC, que me habían impresionado muy favorablemente. Y en 1967 sucedió algo fundamental en mi vida: GGC me encargó hacer la revista de la Dirección de Difusión Cultural de la UNAM, dependencia que él presidía; la dirección de esa publicación quedó a cargo mío, de Enrique Del Val y Gilberto Guevara (que todavía no había descubierto que el mejor de los mundos posibles era el mundo oficialista). Conocer directamente a GGC fue para mí una fortuna; fue sin duda, uno de mis Maestros (así, con mayúsculas), aprendí mucho de él, tanto en lo que se refiere a los avatares de la vida como en lo que atañe al campo de las ciencias sociales.

De la revista –titulada Controversia– sólo aparecieron tres números, ya que en julio de 1968 empezó el movimiento estudiantil y nos integramos por completo a ese proceso, en donde teníamos relaciones de alianza y contradicción con el personal directivo de la unam –al cual pertenecía GGC–, ya que para los miembros de éste teníamos posiciones que a ellos les parecían muy radicales.

En 1976, y en un tono satírico, el poeta, cantante y mil oficios más, Eduardo Lizalde, me informó que GGC iba a aceptar el cargo de director del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). La noticia no me hizo mucha gracia, ya que previamente, en el primer lustro de los setentas, GGC se había enfrentado muy duramente en contra de los que impulsábamos el sindicalismo en la

UNAM, llegando a afirmar que la existencia de sindicatos destruiría a nuestra Alma Mater. No fue la primera vez que nos confrontamos con él, pero en estos hostigamientos mutuos descubrí algo muy importante: lo magnífico que es tener un adversario tenaz, resuelto, y sobre todo, honesto (en estos tiempos de obradores y bejaronos, la presencia de GGC hubiera sido ejemplar). En el INAH, también como sindicalistas, nos enfrentamos a GGC, en defensa de varios trabajadores o en contra de algunos funcionarios del INAH que tenían comportamientos despóticos. Pero la amistad entre nosotros nunca cesó.

Como director del INAH, GGC reafirmó su posición de defensa incansable del patrimonio cultural mexicano. Ello le causó desavenencias con el propio presidente López Portillo, pero no echó marcha atrás. En tiempos posteriores, GGC se deprimió al comprobar como ese patrimonio se destruía o era mercantilizado a favor de capitanes de empresa. Con un gran conocimiento de la historia de México, GGC reforzaba sus argumentaciones a favor de la preservación y desarrollo de la cultura nacional. Constantemente mencionaba a México como “nuestro desdichado país”, ya que en nuestra historia hemos sido constantemente hostigados por los poderes imperiales, especialmente el que se halla al norte de nuestro país. En los últimos tiempos fue un testigo entristecido de la entrega cada vez mayor y reiterada de nuestros recursos naturales y humanos al adversario histórico de México: el imperialismo norteamericano (resulta irrisorio que en la época en que más fuerza de expansión tiene el imperialismo, que es la actual, gran parte de los científicos sociales abandonen el concepto sobre ese fenómeno, ya que lo consideran anacrónico).

Ferviente juarista y cardenista, GGC fue un periodista de polendas, al igual que su admirado Francisco Zarco, y tanto así, que su pluma fue uno de los instrumentos que más irritaron al presidente Echeverría; ello



Mel

fue uno de los motivos del golpe contra el diario Excélsior dirigido por Julio Scherer. Tiempo después, GGC escribió una serie de editoriales para ese mismo diario, entonces ya dirigido por el mercenario Regino Díaz Redondo, sirviente del partido oficial. Tal actitud le costó feroces críticas de antiguos amigos suyos, como Fernando Benítez y otros. GGC me alegó que cualquier tribuna era buena para exponer sus ideas, que no sufría censura, que existía apertura en el diario y que ahí escribían gentes de izquierda como el gran dirigente obrero Valentín Campa y el inolvidable Sergio de la Peña, y me habló pestes de algunos seguidores de Scherer. Pero ello no era más que ilusiones; en el “regimnismo” fue obligada cierta apertura ya que el movimiento del 68 estaba muy cerca, pero posteriormente el diario fue cada vez más un instrumento espurio del partido oficial y la censura era cada vez más frecuente. Uno de los colmos de esta aberrante situación fue el tratar de ejercer la censura contra el director del suplemento cultural El Buho. René Avilés Favila, ya que éste había criti-

cado correctamente al régimen abyecto del presidente Zedillo. Ante tal indignidad, René renunció. Me atrevo a afirmar que GGC comprendió que su apoyo a Díaz R. fue un error, aunque nunca me lo manifestó abiertamente. Pero, ¿quién que no sea alguien de esencia divina –como Jorge G. Catañeda– está exento de cometer errores, algunos garrafales?

A veces imagino a GGC como un jefe antipolko. Recordemos que los “polkos” fueron un grupo de “popis” que se levantaron en armas contra el gobierno patrióticos de Gómez Farías en plena invasión norteamericana en 1847, favoreciendo así el avance de los agresores.

Mucha falta haría GGC en estos tiempos de incertidumbre. Pero, fuera de toda retórica, podemos decir que GGC está vivo en sus libros, en sus artículos, en sus grabaciones, en su obra institucional. Gracias a esta lucida herencia, pronto surgirán discípulos de GGC, algunos de los cuales incluso superarán a su maestro.

Gracias eternas, Don Gastón, por su amistad y bonhomía.